

## CONCLUSIONES

I. Quintiliano desea una retórica digna del pasado, y recoge lo mejor de la tradición griega y romana.

Las *Instituciones oratorias* tienen por fin la formación del hombre de acuerdo con el humanismo, que va más allá de la formación del ciudadano. Su autor pertenece a la historia de la retórica, pero asimismo a la historia de la pedagogía.

II. La idea fundamental de las *Instituciones*, obra llamada también *La educación de un orador*, es que la retórica forma parte de la educación del hombre, no es sólo un arte de hablar con persuasión.

Quintiliano acompaña al alumno desde los primeros años, lo educa mediante la palabra y otros ejercicios, cuya enseñanza culmina en la escuela de retórica después de haber pasado por la escuela elemental y de gramática.

La cuestión de si la enseñanza debe ser doméstica o pública es resuelta por Quintiliano a favor de la segunda, por las ventajas que ofrece el medio edu-

cativo en que actúan el maestro y los alumnos, superior al medio del discípulo aislado.

Sin embargo, la primera educación da relevancia a la familia, en cuyo seno se forman las primeras costumbres y actitudes. Quintiliano encomia las cualidades individuales, y es optimista respecto de la capacidad que tiene el hombre de aprender y mejorar.

Las *Instituciones* recomiendan mucho cuidado en la elección del pedagogo, quien debe ser hábil para descubrir y tantear la índole del niño.

Recogen la trinidad de los sofistas, para quienes naturaleza, enseñanza y hábito son factores de la educación humana, como son en la cultura de la tierra.

La gramática, más que un arte de hablar y escribir con corrección, familiariza con los escritores y oradores, sobre todo clásicos. La lectura, además de iniciar en las inflexiones de la voz y la buena pronunciación, prepara para comprender las grandes obras.

La música y la geometría integran el programa de las escuelas elemental y de gramática.

La originalidad de Quintiliano es su demostración de que el hogar, la escuela elemental, la de gramática y la de retórica se relacionan, pues antes de él no eran etapas de un mismo proceso; y es original también porque demuestra la importancia de la palabra en ese proceso.

III. Los niños tienen una rica vida psicológica, y su capacidad imaginativa y su saber son más inten-

sos que extensos; pero en los primeros años no pueden expresar esa vida interna por faltarles experiencias y educación verbal. Por ello la dialéctica y su hermana la retórica realizan el tránsito del *logos* o verbo mental, palabra interna, a la palabra externa.

La retórica consiste en persuadir por la fuerza del decir, entendiendo por bien decir una manera bella de hablar con veracidad y moralidad.

Quintiliano sigue la definición de Aristóteles en cuanto la retórica apunta al acto, no al resultado, porque es el arte de hallar en cada caso los medios para persuadir.

Continúa probando la utilidad de este arte, su fin y ubicación en el mundo de la *techné*, de la práctica o acción. La retórica es un arte práctica.

Quintiliano resuelve mal la cuestión de la moralidad de la retórica, pues dice que ella es virtud, no distinguiéndola del orador. Si bien el único fin de la retórica es la persuasión, sin embargo se pide moral en el orador; pero aquel arte es amoral, neutro al valor. El orador, técnicamente, en principio, debe ser capaz de persuadir de una cosa y su contraria.

Después Quintiliano nos hace saber las partes de la retórica: invención, disposición, elocución, memoria y acción.

Consideramos incorrecta esta división porque la memoria se necesita en cualquier obra, es una cualidad del orador, no parte de la retórica.

IV. El retórico ibero es quien da más importancia a la invención, o determinación del asunto y sus argumentos, porque el arte de hablar es también un arte de razonar.

Trata de las fuentes o lugares comunes, de los cuales el orador saca los argumentos de sus discursos, lugares que sirven a modo de puntos de partida, como ideas generales en los asuntos más diversos.

El silogismo, el entimema o silogismo retórico, el dilema, el ejemplo por analogía, la fábula, de gran poder persuasivo, son enseñados por Quintiliano, quien instruye luego sobre la disposición o el orden estratégico de los argumentos, porque el orden da una singular fuerza dialéctica al discurso.

El discurso retórico no es el discurso lógico, a base de razones descarnadas. El orador prueba enseñoreándose además del corazón por medio de los afectos y las pinturas, pues el adorno favorece a la prueba.

V. La elocución es la parte más difícil de la retórica, pues además de razones sólidas el discurso requiere moderación, adorno y vigor propios del decir.

Quintiliano distingue tres cualidades principales de la elocución: claridad, corrección y ornato.

Enseña sobre las figuras retóricas o formas de presentar los pensamientos sin cambiar su substancia, como la metáfora o traslación del sentido de una cosa a otra.

Deben usarse las figuras con prudencia, y allí donde no sean necesarias bastará al orador hablar con claridad, orden y sencillez, y emplear vocablos y expresiones usadas por la mayoría.

Encomia el arte de la composición, armónica relación de todas las partes del discurso, en la que se ha de tener en cuenta lo que se añade, quita o trastorna. Su uso ha de ser de acuerdo con la naturaleza de las cosas de que se habla.

Quintiliano declara su preferencia por el estilo ático, y los consejos sobre la elocución van dirigidos al aticismo, que define como una igualdad genérica y una desigualdad específica, como una escuela cuyos principios cumplen los oradores áticos sin menoscabo de sus propias cualidades.

VI. El trabajo oratorio se completa con la acción oratoria: la voz, la pronunciación, los gestos y ademanes mueven los ánimos, y sin ellos el discurso no tiene vida.

Es necesario que la voz sea sana; que se la articule bien, pronunciando clara y distintamente los vocablos; que haya inflexiones de la voz para evitar la monotonía; que se ejercite el aliento, respirando según enseñan los maestros.

Los gestos y ademanes son el lenguaje universal, propio de la naturaleza, mediante el cual se comunican los animales.

Quintiliano resume las enseñanzas de los maestros, principalmente de Cicerón, relativas al movimiento de manos y brazos.

El principio fundamental de la acción es éste: Está permitida una acción más viva allí donde es necesaria; pero se la ha de moderar para que el orador no parezca un comediante.

VII. El uso de los afectos caracteriza al orador, que no es sólo un dialéctico, y el arte de mover las pasiones es un arte de dar al discurso su contenido persuasivo.

Hay dos especies de afectos: el *pathos* o pasión; el *ethos* o la costumbre. Unos son fuertes y vehementes; éstos son apacibles; aquéllos arrebatan al hombre; éstos lo mueven con mansedumbre; unos dominan, otros persuaden. El *ethos* pide una manera serena y amable de hablar, de acuerdo con las costumbres sociales; el *pathos* es el ámbito de los sentimientos de odio, miedo, ira, compasión, también propios de la tragedia.

Quintiliano enseña un precepto, el principal según él, para mover los ánimos, que manda que estemos movidos primero. Este principio aparece cuestionado por la experiencia y ejemplos célebres, pues algunos grandes comediantes no sienten emoción alguna cuando representan, y muchos oradores se mantienen fríos en el momento del discurso, sin sentir los afectos que provocan en el auditorio.

Otro principio es que nos movemos por la imaginación y fantasía, por la representación viva de las cosas ausentes. Por ello, para generar el patético, es necesario representarnos la cosa como sucedió.

Revivir, imaginar, expresar con cierto énfasis en la preparación del discurso, acumulan cargas emotivas para emplearlas con oportunidad.

También se habla de la risa, necesaria a la variación de los afectos, porque las razones continuas cansan la mente, y los afectos tristes que no se alternan con los alegres abruma.

Pero mover a la risa es un raro talento.

No debe usarse la chanza grosera ni proceder con bajeza, con burla y remedo de otros.

Como en esta parte las reglas valen poco, aprendemos en el trato diario, en la relación con los chistosos que agradan cuando no prodigan sus chistes.

VIII. La cuestión de los tipos oratorios, la clasificación de los oradores en gráficos, visuales, auditivos y verbomotores, según el procedimiento empleado para preparar y pronunciar el discurso, es reciente. Pero a Quintiliano hay que considerarlo precursor porque las *Instituciones* mencionan los tipos oratorios observados por él y enseña sobre sus características.

El retórico aconseja el manipuleo de la palabra interna y la externa, y la interdependencia de la voz y el oído, según hacían muchos oradores antiguos, quienes no escribían sus discursos y eran diestros en la improvisación debido a ese procedimiento.

Quintiliano reconoce que si el mucho escribir y el mucho hablar se ayudan mutuamente, el hablar mucho es el mejor procedimiento para el discurso preparado y la oratoria de improvisación.

Precisa no solamente concebir bien la idea del asunto con sus ideas de desarrollo, sino también hablarlas continuamente.

Cuando dice que el escribir es fuente de decir, debe entenderse que la escritura forma al orador; pero él no debe escribir el discurso, sobre todo si ha de pronunciarlo a corto plazo, para no caer en la memorización.

IX. La crítica literaria en las *Instituciones* sirve como noticia previa a un estudio sobre los autores griegos y romanos, y para formar el estilo.

Quintiliano expone en apretada síntesis las cualidades más relevantes de los autores griegos y romanos.

Homero, Hesíodo, Teócrito, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro, en la poesía y el drama; Tucídides, Heródoto, en la historia; Isócrates, Lisias, Esquines, Hipérides, Demóstenes, en la oratoria; Jenofonte, Platón y Aristóteles, en la filosofía, representan lo mejor de la literatura griega.

La literatura romana no desmerece de la griega.

Virgilio es émulo de Homero; a la misma altura de los atenienses se hallan Lucrecio, Ovidio, Persio, Lucano, Plauto, Terencio, Salustio, Tito Livio, Tácito, Cicerón, Cayo César, Mesala, Calvo, y finalmente Séneca el retórico, a quien Quintiliano juzga con ecuanimidad, pues si aquél fue hombre de ingenio y estudio, su elocución está llena de faltas y vicios halagüenos.

X. El lenguaje es un instrumento de la filosofía, porque sin la palabra no existe la filosofía. Por eso el filósofo debe saber el manejo de las palabras.

Para Quintiliano la filosofía es el estudio de las cosas humanas y divinas, un estudio fundamental para el orador.

No es solamente una materia más en el campo de la retórica, un motivo para los discursos, sino un estudio fundamental y superior en la cultura del orador.

Éste no se sujeta a ninguna de las sectas filosóficas, y toma de cada una de ellas lo mejor y más noble, para disertar sobre los grandes temas: la república, la Providencia, el origen del alma, la conducta moral de los héroes.

La filosofía moral le incumbe como hombre civil, que actúa en la sociedad con sus intereses privados y públicos.

Pero también las *Instituciones oratorias* encomian la filosofía en el sentido transcendente, inspiradas en el humanismo de Cicerón, que se interesa por el origen y el destino del hombre.

La retórica de Quintiliano es un perenne diálogo, como la filosofía, y ambas, instrumentos para conocer, estimulan la lucha de ideas y palabras que mantiene lozana la inteligencia por la indagación de la verdad y lo verosímil.

XI. En las *Instituciones* hay consejos para la formación del abogado humanista. A quien defiende le pide conocimientos jurídicos y esmero en el decir.

La relación entre retórica y derecho se comprueba en el derecho romano, en el método de interpretación de los jurisconsultos y pretores.

Para los romanos el derecho no es una ciencia de conocimiento objetivo, sino una actividad práctica al servicio de lo justo en el orden social.

El conocimiento de las cosas humanas y divinas se requiere por ellas mismas y como un presupuesto para actuar en justicia.

Inspirar en el abogado el afán de justicia forma parte del plan educativo, porque enseñar al hombre a realizar la justicia es educarlo.

El derecho es retórica, porque los casos de derecho no pueden solucionarse mediante una sistematización deductiva.

Para la solución del caso todos los puntos de vista deben ser acogidos, y entonces la argumentación, no la demostración de las ciencias experimentales e inductivas, es el procedimiento retórico aplicable al derecho.

En las *Instituciones* el derecho es retórica, y de ellas se sacan enseñanzas acerca de la prueba en juicio, de la búsqueda de argumentos verosímiles semejantes a las presunciones de la ley.

En consecuencia, Quintiliano tiene un estilo de pensar el derecho, como un retórico inspirado en Aristóteles y Cicerón.